

**EN UN LADO DRAFT, vienen los chinos**

## **ÍNDICE**

<b>Prólogo</b>	<b>3</b>
<b>Capítulo I Introducción</b>	<b>15</b>
<b>Capítulo 2 Hitos históricos e Imperia</b>	<b>11</b>
<b>Capítulo 3 Asia Central, importante eslabón de la(s) Ruta(s) de la Seda</b>	<b>24</b>
<b>Capítulo 4 La(s) antigua(s) Ruta(s) de la Seda</b>	<b>35</b>
<b>Capítulo 5 Nuevas rutas de la seda</b>	<b>47</b>
<b>Capítulo 6 Decadencia y abuso de poder en EE. UU. y la UE</b>	<b>56</b>
<b>Capítulo 7 China y sus vecinos del Sudeste Asiático</b>	<b>66</b>
<b>Capítulo 8 China e India</b>	<b>69</b>
<b>Capítulo 9 Impacto Nueva(s) Ruta(s) de la Seda y Rusia</b>	<b>71</b>
<b>Capítulo 10 La(s) Nueva(s) Ruta(s) de la Seda y África, Irán y Turquía</b>	<b>78</b>
<b>Capítulo 11 La(s) Nueva(s) Ruta(s) de la Seda y América del Sur y Central</b>	<b>81</b>
<b>Capítulo 12 Nuevas rutas de la seda y perspectivas de futuro para-EE. UU.</b>	<b>84</b>
<b>Capítulo 13 Nueva(s) Ruta(s) de la Seda y perspectivas de futuro para-Europa</b>	<b>85</b>
<b>Capítulo 14 Algunos escenarios futuros</b>	<b>87</b>
<b>Capítulo 15 Neoliberalismo y capitalismo de Estado</b>	<b>89</b>
<b>Capítulo 16 Epílogo</b>	<b>94</b>

## PRÓLOGO

El mundo retumba y las guerras están en el aire. A final de 2021, tenía previsto dejar de escribir libros durante unos años y quise concluir una serie de 10 libros con un libro sobre el cambiante equilibrio geopolítico de fuerzas, basado en parte en el plan maestro chino para la(s) nueva(s) Ruta(s) de la Seda. Mi principal justificación para este tema era que entonces estaba convencido (y sigo estándolo ahora) de que el equilibrio de poder económico y militar va a cambiar drásticamente en las próximas décadas y que el mundo monopolar, en el que Estados Unidos ha dominado desde el final de la 2ª Guerra Mundial, será sustituido por un mundo multipolar, en el que Eurasia y especialmente China, Rusia e India ocupan un lugar central.

Además, estaba y estoy convencido de que la mayoría de los occidentales no son plenamente conscientes del impacto de esta convulsión, y de que EE. UU. no aceptará este desarrollo a la ligera y hará todo lo posible por frustrar este plan maestro estratégico (iniciativa "Belt and Road") iniciado por China. Fue el sabio general ateniense Tucídides quien ya predijo hace unos 2.400 años que una potencia dominante (en su época Atenas y en la nuestra EE. UU.) no tolerará a una potencia emergente (en su época Esparta y más tarde Siracusa y en la nuestra China) sin luchar y que esto casi siempre conduce a guerras a gran escala.

Vivimos año 2023 en un mundo muy turbulento y extremadamente peligroso y en varios lugares del mundo hay (potenciales) casus belli que pueden estar (in)directamente relacionados con estas cambiantes relaciones de poder. La guerra por poderes en Ucrania es un buen ejemplo. Habiendo vivido en Ucrania durante años, llegué a conocer bien este país y en febrero de 2014, cuando me quedé allí, ya predije la actual guerra proxy durante el golpe de Estado dirigido por Estados Unidos conocido como la revolución de Maidan. Taiwán es otro de esos puntos calientes.

Durante más de 100 años, el potencial económico de Eurasia ha sido una auténtica pesadilla para las élites de poder de los países anglosajones. Les aterroriza la idea de que países como Alemania, Rusia y China formen un tándem económico. Varias guerras del siglo pasado jugaron en este tablero geopolítico. Fue el halcón estadounidense-polaco Zbigniew Brzezinski quien, en su libro *The Grand Chessboard* (El gran tablero de ajedrez) de 1997, sentó las bases de la visión estratégica de Eurasia de los neoconservadores estadounidenses.

Fue el influyente asesor de seguridad estadounidense de la época. Paul Wolfowitz, Vicesecretario de Defensa estadounidense, desarrolló la doctrina militar estratégica entre 1994 y 1999, según la cual Estados Unidos no debía tolerar en ninguna circunstancia la aparición de un competidor militar. Sólo había una superpotencia: Estados Unidos, y así debía seguir siendo. El politólogo, sociólogo y filósofo estadounidense Francis Fukuyama llegó incluso a hablar del fin de la historia.

Estados Unidos había ganado definitivamente, pero el orgullo precede a la caída. En aquella época, Rusia se encontraba en una situación deplorable, el inmenso país estaba completamente hundido socioeconómicamente tras la desintegración de la Unión Soviética y los oligarcas estadounidenses saqueaban el país de sus recursos naturales, reinaba una anarquía total en la que bandas de gánsteres aterrorizaban el país y el ejército y el gobierno ruso estaban al borde de la muerte.

China estaba entonces en sus comienzos con la revolución económica de Deng Chao Ping y aún no representaba gran cosa ni económica ni militarmente. En el tablero geopolítico de Brzezinski, Rusia debía ser preferiblemente cortada en pedazos y a finales del siglo 20º, pocos podrían haber adivinado que Rusia resurgiría como una esfinge de sus cenizas bajo el liderazgo del presidente Putin y que China se convertiría en una potencia económica mundial a una velocidad vertiginosa.

Los ejércitos de Rusia y China son ahora también de categoría mundial y pueden igualar a los de Estados Unidos, que gasta casi cada año un billón de dólares en su maquinaria bélica y sigue proyectándose como el policía del mundo, especialmente en aquellos países ricos en valiosas tierras y combustibles o con importantes emplazamientos estratégicos. Las metamorfosis de Rusia y China han provocado importantes tensiones geopolíticas desde digamos 2014.

Aunque la política exterior estadounidense desde el presidente Nixon siempre había sido separar a China y Rusia, una agresiva política de expansión estadounidense desde principios de este siglo consiguió exactamente lo contrario, Rusia y China tienen ahora una sólida alianza y mantienen buenas relaciones (económicas) y lo mismo ocurre cada vez más con India.

La política exterior estadounidense respecto a Europa puede resumirse básicamente así: mantener a Alemania pequeña, a Rusia fuera y a EE. UU. dentro de Europa. Especialmente en la última década, la UE y los países europeos que dependen de ella han actuado cada vez más como vasallos de Estados Unidos. A principios de este siglo, tuve la breve esperanza de que la UE fijaría su propio rumbo (exterior y económico) y desplegaría sus alas en la escena mundial, pero resultó ser una ilusión.

Viví la voladura de los oleoductos Nordstream por parte de EE. UU. en septiembre de 2021 como un punto absolutamente bajo, especialmente la actitud autodestructiva y dócil del canciller alemán Olaf Scholz, que renegó de los intereses alemanes. La economía alemana ya está sufriendo enormes daños y las consecuencias de este acto terrorista repercutirán durante décadas, porque este gigante económico industrial simplemente no puede prosperar sin los combustibles fósiles baratos de Rusia.

Nunca he vivido en una época en la que la propaganda ciega de los principales medios de comunicación fuera tan desenfrenada como lo es ahora ante la guerra por poderes en Ucrania. Bonitos eslóganes como la lucha por la democracia, un orden basado en normas son, si se mira bien, en realidad cáscaras vacías, aparte del hecho de que las normas se aplican principalmente a los demás, pero no a nosotros mismos en Occidente.

Podemos cambiar estas normas a voluntad y unilateralmente, y Occidente aplica continuamente un doble rasero. La hipocresía de la política exterior de ese Occidente salta a la vista y nadie, ni siquiera las propias élites políticas de Occidente conocen las reglas de ese orden basado en normas, al que se alude constantemente. Las reglas del derecho internacional, establecidas tras la 2ª Guerra Mundial, son sistemáticamente burladas por ese mismo Occidente.

Esto no pasó desapercibido para los países no occidentales (el 80% de la población mundial) que ahora se alejan en masa de Occidente y están deseosos de unirse a los llamados países BRICS, que se convertirán en una importante alianza económica en las próximas décadas y rivalizarán tanto con Estados Unidos como con la UE. Lo que me costó evaluar tras la revuelta del Maidán en Kiev en 2014 fue qué precio estaba dispuesta a pagar Rusia por una intervención militar, si se era lo suficientemente fuerte militarmente para una operación de este tipo o si era necesario modernizar antes el ejército o si Rusia optase por una solución diplomática para salvar su relación con Occidente.

En aquel momento, cuando informé a familiares y amigos de que la situación en Ucrania podría agravarse, debieron de pensar que estaba loco. En primer lugar, la mayoría de la gente en los Países Bajos ni siquiera sabía dónde estaba situada Ucrania en el mapa, y mucho menos que supieran algo sobre su historia y la posición que se le había asignado dentro del plan maestro de la(s) nueva(s) Ruta(s) de la Seda. Ucrania significa literalmente tierra fronteriza y durante milenios esa zona ha sido el principal corredor entre Oriente (Asia) y Occidente (Europa). Por tanto, según mi experiencia, no es casualidad que fuera precisamente allí donde estallaron todos los problemas en 2014.

En esta larga historia, se produjeron varias invasiones de Rusia, tanto desde Asia Central (hunos y mongoles) como desde Europa (polacos, franceses y alemanes) porque la ruta hacia Rusia no tiene barreras naturales. Amplias zonas de Ucrania formaban parte de esa Rusia más grande y sólo en 1991 Ucrania se convirtió en un país independiente con una gran minoría rusa (1/3), principalmente en las antiguas zonas rusas del este y el sur del país.

Cuando mi libro estaba más o menos listo para su publicación, a mediados de diciembre, el presidente Putin lanzó lo que yo consideré un ultimátum cristalino a Occidente, trazando una línea en la arena respecto a la entrada de Ucrania en la OTAN. Ya desde 2007 había declarado en innumerables ocasiones y en términos inequívocos que la inclusión de Ucrania en la OTAN era una línea roja que Rusia no podía aceptar en ninguna circunstancia y que la expansión ilimitada de la OTAN hacia Rusia era contraria a los compromisos adquiridos por Occidente en 1991 y años posteriores. Las actas de esas conversaciones dejaron constancia de esos compromisos, pero no formalmente en un tratado.

En derecho, el adagio hace que los acuerdos (incluidos los verbales) lleguen a las partes como ley, pero en el caso de los legítimos intereses de seguridad de Rusia, esto no parece aplicarse a ojos de Occidente, lo que en mi opinión traiciona un sentimiento de superioridad por parte de Occidente y raya en una forma de racismo. El presidente Putin propuso a finales de 2021 una nueva estructura de seguridad que incluyera los intereses estratégicos de Rusia y mantuviera la neutralidad de Ucrania.

¿Era esto realmente tan poco razonable ahora? Mira el mapa de 1991 y el de hoy y observa qué países de los que rodean a Rusia se han adherido a la OTAN. Dado que Ucrania había demostrado ser el corredor ideal en todas las invasiones rusas debido a la falta de obstáculos naturales, la adhesión de ese país a la OTAN no era una opción estratégica para Rusia, aparte del hecho de que sería previsible colocar armas de destrucción masiva a pocos minutos de las principales ciudades rusas.

Su oferta fue rechazada de forma contundente y extremadamente arrogante, y ahora conocemos las consecuencias. Ucrania está perdida para siempre, ahora lamenta más de 500.000 soldados muertos y está económicamente devastada, también porque la mayor parte de la renta nacional se obtenía en las zonas conquistadas por Rusia en el este de ese país. Yo había previsto un crecimiento constante pero gradual de Eurasia en la versión de diciembre de 2021 de mi libro, pero a mediados de diciembre de 2021 me quedó meridianamente claro que todo se estaba acelerando a la velocidad del rayo y decidí suspender este libro hasta nuevo aviso y no publicarlo.

2 años seguí de cerca los acontecimientos geopolíticos y tenía 2 opciones, a saber: o no volvía a publicar el libro sobre el impacto geopolítico de la(s) Ruta(s) de la Seda debido a su ritmo vertiginoso y a sus giros impredecibles, o seguía publicando el guion actualizado a sabiendas de que podía ser fácilmente superado por la realidad. Opté por lo segundo.

En los últimos años se han escrito excelentes libros sobre la(s) nueva(s) Ruta(s) de la Seda, y tratan principalmente de los planes sustantivos en términos geográficos, infraestructurales-técnicos y económicos. Este libro no trata esencialmente de eso. El tema central de este libro es lo que este corrimiento de tierras geopolítico podría significar para nosotros en Occidente y cuál podría ser la estrategia más sabia, aparte de comprometerse ciega y emocionalmente en una lucha armada con las potencias y países emergentes del mundo, reclamando su legítima posición tras siglos de colonización y explotación por parte de ese Occidente. No subestimemos los sentimientos residuales de esos países.

A diferencia de Estados Unidos, actualmente no veo pruebas fehacientes de que países como China, India y Rusia busquen el imperio, quieran imponer su voluntad a los demás y, desde luego, tampoco de que quieran imponerla militarmente. Simplemente quieren comerciar y aumentar su riqueza. Tampoco soy de la opinión de que Rusia quiera conquistar militarmente (partes de) Europa. Llevo oyendo esta idea-fijación desde mis tiempos escolares. Rusia ni siquiera tiene capacidad y recursos militares para ello.

Por el contrario, es más probable que Rusia se aleje totalmente de Occidente porque hay muchas oportunidades económicas en el Este. Rusia no necesita a Occidente para nada. El afán de numerosos países, incluso de África y América Central y del Sur, por unirse a los países BRICS es tan grande que Occidente tiene que pensarse dos veces si su actitud altanera, arrogante y farisaica hacia 2/3 de la población mundial es ahora tan inteligente.

Continuamente, en Occidente subestimamos su talento técnico y económico y sobreestimamos el nuestro. Mientras Estados Unidos y la UE se centran en sanciones económicas totalmente contraproducentes contra Rusia y en obscenos envíos de armas a Ucrania, sin perspectivas de éxito militar, los (aspirantes a) países BRICS forjan constructivamente una alianza económica tras otra y se centran en reforzar las infraestructuras entre ellos, explotar las oportunidades económicas y fortalecer sus relaciones diplomáticas, basadas en la igualdad. Esta mentalidad y energía positivas contrastan con nuestra actitud destructiva.

Al parecer, este viento fresco geopolítico atrae con tanta fuerza los deseos y sentimientos de numerosos países que muchos países de África y América del Sur y Central también han mostrado un serio interés por formar parte de este nuevo mundo multipolar. La gente está completamente harta de siglos de dominación y acobardamiento moral de Occidente. Conócete a ti mismo decían los antiguos sabios griegos.

Nosotros, en Occidente, con Estados Unidos a la cabeza, carecemos de toda autorreflexión y empatía hacia los disidentes e incluso llegamos a caracterizarnos, a través del Comisario europeo Borrell, como el jardín del Edén frente a un montón de países atrasados que forman parte de una jungla imaginaria. Desconectarse de la realidad es francamente arriesgado. Falta un análisis medioambiental sólido.

La soberbia precede a la caída y, de hecho, esa imagen negativa es completamente falsa. Es el destino de todo imperialista. Uno lucha, innova y llega a lo más alto, gana muchas riquezas, se vuelve perezoso y (mentalmente) vago, cae en la decadencia sin darse cuenta uno mismo y luego pierde frente a potencias emergentes y con más empuje (innovador) que le superan en todos los aspectos.

Cuando miro la historia de, digamos, los últimos 5.000 años, siempre veo el mismo patrón. EE. UU. también está en decadencia, económica, financiera, moral y militarmente, pero no quiere verlo ni aceptarlo, como tampoco lo hicieron los británicos a partir de la Primera Guerra Mundial. En nuestro país, sentimos un cariño irracional por Estados Unidos que no se basa en hechos y le seguimos en casi todo.

La mayoría de la gente tiene la ilusión de que Estados Unidos ganó la Segunda Guerra Mundial, pero nada más lejos de la realidad, fue la antigua Unión Soviética la que derrotó a la Alemania nazi y con un sacrificio humano de más de 27 millones de ciudadanos soviéticos, frente a 430.000 estadounidenses, la mayoría de los cuales murieron en el sudeste asiático. El marketing se inventó en Estados Unidos y la gente destaca en los argumentos de venta, hilando narrativas y los medios de comunicación dominantes aquí y allá no están demasiado interesados en la realidad y los hechos, sino en gestionar la realidad percibida por el público.

Ciertamente, en mi país no hay más periodismo de investigación pluralista, pero eso es esencial para que una democracia funcione correctamente. Aunque pretendemos educar a ciudadanos independientes y de pensamiento crítico, estos medios de comunicación sienten que tienen que prescribir la narrativa y repetirla sin cesar. Cualquiera que se salga de la norma será objeto de coacción grupal (digital), (auto)censura, expulsión y exclusión.

Si podemos siquiera empezar a frenar la marea del grave declive de Occidente me resulta difícil de juzgar en este momento, tras el fiasco de la guerra por poderes en Ucrania, porque veo pocas pruebas de autorreflexión o conciencia medioambiental, especialmente entre las élites políticas, que, por cierto, nunca han sido de una calidad intelectual tan deplorable en toda mi vida. Aun así, considero que merece la pena al menos explorar, pensar y considerar un rumbo diferente.

Si no lo hacemos, para mí una guerra mundial de 3<sup>e</sup> no es una cuestión de si ocurrirá, sino de cuándo empezará. Dada la vertiginosa evolución geopolítica actual, tengo algunas reservas sobre la duración de mis análisis. Según algunos, la 3<sup>e</sup> Guerra Mundial ya ha comenzado y, al igual que la 1<sup>e</sup> y la 2<sup>e</sup>, empezó con un conflicto local que se expandió regional y globalmente.

En historiografía, es un hecho que no se puede estar seguro de la exactitud de los análisis hasta que no se asienta el polvo y han transcurrido al menos 10 años. Al haber depositado mis esperanzas en el sentido común de los ciudadanos y no en el comportamiento inimitable de las élites políticas, he hecho este libro lo más accesible posible a un público amplio, porque valoro más el sentido común que la sabiduría tecnocrática de las aulas.

## Capítulo 1 INTRODUCCIÓN

Vivimos en una época en la que cualquiera que lo desee puede profundizar en numerosas materias y ciencias. Con sentido común lógico y cierta base crítica, se puede llegar muy lejos. Mucha gente se desinteresa totalmente de la historia (mundial) y la geopolítica, y nunca lo hará. Otros se basan únicamente en los reportajes de los grandes medios de comunicación y, por desgracia, esos reportajes están plagados de propaganda, lagunas y disparates fácticos.

Sólo se destaca un lado de una cuestión, falta cualquier matiz y el lector se ve más o menos obligado a elegir entre los buenos (y esos somos nosotros en Occidente) y los malos (esos son todos los países que se atreven a tomar un rumbo diferente y desafiar a Occidente). Por supuesto, el mundo no es tan blanco y negro, pero la mayoría de los ciudadanos parecen encontrar cómoda esta simplicidad y basan sus opiniones en ella, no están dispuestos a profundizar en el asunto o simplemente no tienen tiempo.

Según el escritor estadounidense Mark Twain, la historia no se repite (exactamente), pero sí rima. El historiador y filósofo italiano Giambattista Vico reconoció ciertos ciclos en la historia de la humanidad. Los imperios van y vienen, conocen su época de florecimiento, consolidación y declive hasta que su imperio se acaba. Para mí, es obvio que Estados Unidos está en declive en todos los ámbitos imaginables.

Sin embargo, esto no está exento de grandes tensiones o conflictos (mundiales). Gran parte de las noticias que se vierten sobre los ciudadanos tienen su origen en este tipo de fricciones, ya se trate de la guerra por poderes en Ucrania, de las fingidas tensiones entre China y Taiwán o incluso de los disturbios en Kazajstán, Georgia o Kosovo. Todas ellas son convulsiones ante la menguante hegemonía de Estados Unidos.

Los imperios del mundo se vuelven arrogantes, complacientes y caen víctimas de su propio éxito. Siempre ha sido así. Las relaciones geopolíticas (de poder) han cambiado drásticamente en los últimos años y no han hecho más que acelerarse tras la guerra por poderes provocada por Estados Unidos en Ucrania, también porque para muchos países del mundo ha quedado claro qué juegos de poder está llevando a cabo Occidente en su perjuicio.

La toma de conciencia y el impulso hacia una mayor soberanía y autodeterminación también están creciendo en África, América del Sur y Central y Asia. Se está mostrando la puerta a Francia en Níger y las islas del Pacífico se están atreviendo a asociarse con China en lugar de con Estados Unidos. El entusiasmo por los países BRICS es grande y su número de miembros ha aumentado sustancialmente en los últimos tiempos. Aunque las personas y las culturas pueden ser muy diferentes entre sí, nadie quiere ser dominado por los demás. Es un hecho universal.

Durante ese proceso de autoconciencia, uno también tiende a mirar al pasado y especialmente a la historia de, digamos, los últimos 250 años. Tras la revolución industrial, los británicos dominaron el mundo y crearon un imperio en el que nunca se ponía el sol.

En vísperas de la 1ª Guerra Mundial, los países de Europa Occidental en particular compitieron por colonias ricas en recursos en África y Asia. Tras la 2ª Guerra Mundial, Estados Unidos tomó el relevo de los británicos, aunque de una forma más sofisticada en la que el dinero, el chantaje, la coacción y, finalmente, los cambios de régimen o las intervenciones militares se convirtieron en las principales herramientas.

Durante ese periodo, EE. UU. cometió 72 intervenciones (militares) e impuso sanciones económicas a numerosos países. Estamos en vísperas de un importante punto de inflexión en la historia, con países como China, Rusia, India, Brasil y muchos otros, a menudo ricos en recursos, reclamando su legítima posición en la escena mundial.

No voy a idealizar esta evolución y la situación de esos países, porque es una trampa que acecha en este tipo de desprendimientos geopolíticos, pero Occidente haría bien en aprender a escuchar mejor a esos países y decir adiós a su propia arrogancia para poder desempeñar un papel significativo a escala mundial en el futuro. Ahora mismo, Occidente no está escuchando en absoluto los argumentos y motivos de estos países.

En estos momentos, los augurios no son precisamente favorables. La arrogancia, el pedantismo y la autocomplacencia son males persistentes. La idea de que en Occidente somos mejores en todo es estúpidamente falsa. Se han escrito armarios llenos de libros sobre países como China, Rusia e India. No voy a repetirlos ni a tratar de mejorarlos en este libro. En los últimos años también se han escrito excelentes libros sobre la(s) antigua(s) y la(s) nueva(s) Ruta(s) de la Seda.

Me gustaría referirme también un ello. Se espera que el lector interesado busque por sí mismo estas fuentes a través de Internet en 2023, se forme una opinión equilibrada y separe el grano de la paja (porque también hay muchas tonterías e inexactitudes factuales). Este libro trata rápidamente de ofrecer al profano una visión general del cambiante campo de fuerzas geopolíticas, que también podría cambiar drásticamente nuestras vidas en Occidente en los próximos años.

Puede que a usted no le interese la geopolítica, pero a la geopolítica sí. De hecho, el plan maestro chino para Eurasia es un megaproyecto de infraestructuras destinado a hacer negocios en esta mayor masa continental del mundo, donde, como se ha dicho, viven 2/3 de la población mundial. Este mega plan se diferencia de la hegemonía estadounidense por no querer imponer normas, valores y una mono cultura a los países participantes, y eso es precisamente lo que aparentemente atrae a muchos.

También hay un fuerte impulso entre esos países para crear un nuevo sistema monetario y salir del yugo del (Petro)dólar, en el que se ha basado una parte significativa del poder y la prosperidad de EE. UU. desde la década de 1970. La gente está harta de Wall Street y de la City londinense porque Estados Unidos abusa regularmente del (Petro)dólar con fines políticos no monetarios, lo que, por supuesto, es desastroso para la confianza en una moneda. No sólo el dólar, sino también las instituciones dominadas por Estados Unidos, como el Banco Mundial y el FMI, son una espina clavada en el costado de otros países.